

iFelices los
que trabajan
por la Paz!

Domingo 31 de Julio

Domingo XVIII del Tiempo Ordinario – Ciclo C

Eclesiastés 1,2;2,21-23 Salmo 90 (89)
Colosenses 3,1-5.9-11 Lucas 12,13-21

“Vanidad de vanidades”

En un mundo que nos genera expectativa y angustia por tener más de lo necesario, por asegurar todo lo que tenemos, incluso lo que no tenemos, como la muerte misma o los “por si acaso”: “por si acaso un accidente”, “por si acaso un desastre natural”, etc..., en los textos de la liturgia se relacionan dos palabras: vanidad y codicia. La vanidad tiene que ver con el deseo de aferrarse a lo vano, lo vacío, lo efímero, lo hueco. De hecho, el origen semita del término (como aparece en Eclesiastés) la relaciona con el vaho o el aliento y con la ilusión de querer atrapar elementos tales como el agua, la sombra o el humo. La primera lectura mostrará que el esfuerzo, la fatiga y las preocupaciones, tal vez por buscar seguridades futuras, son también una expresión de la vanidad. En efecto, la sabiduría de este libro nos enseña que gastar la vida en aquello que no es importante nos desgasta, no sólo de día, sino que también de noche impide el descanso y genera angustia. Lo cual iría en contra de la salud y de nuestra paz interior.

El Evangelio, por su parte, entenderá a la vanidad en términos de codicia: querer acumular y poseer cada vez más; más allá de lo necesario para garantizar la sobrevivencia en el presente. Como contraste, la dinámica del amor de Dios va en la fuerza de renovarse cada día. La Misericordia trabaja por aquello que permanece y que da sentido; por eso se realiza en términos de compasión y fidelidad. Vivir en pro de aquello que caduca o que está a merced de la polilla y la humedad es perder el único momento que tenemos en esta historia; por cierto, bastante efímero.

De este modo, las lecturas del domingo nos plantean el desafío de vivir libres frente a aquello verdaderamente importante puesto que en esta ansiedad por retener todo lo que aparentemente necesitamos pero que, en últimas, es pasajero, nos desgastamos en vano y se nos va como agua entre los dedos el único tiempo que tenemos para vivir lo esencial pero que también pasa rápidamente, la Vida misma.

En efecto, en la tradición bíblica, la acumulación egoísta de bienes, alimento, riqueza y demás seguridades rompe la relación con Dios y con los hermanos. Rompe la relación con Dios porque expresa una falta de fe en su providencia misericordiosa que da lo necesario para cada día. Rompe la relación con los hermanos porque lo que se acumula para sí es algo que se niega a otros y, por tanto, produce desigualdad, inequidad e injusticia. Este es el sentido de las instrucciones de Dios al pueblo sobre el modo de recoger el maná durante su permanencia en el desierto:



¡Felices los que trabajan por la Paz!

por cabeza, según el número de los miembros de su familia (...). Así lo hicieron los israelitas; unos recogieron mucho y otros poco. Pero cuando lo midieron con la medida, ni los que recogieron mucho tenían de más, ni los que recogieron poco tenían de menos. Cada uno había recogido lo que necesitaba para su sustento. Moisés le dijo: "Que nadie guarde nada para el día siguiente". Pero no obedecieron a Moisés, y algunos guardaron algo para el día siguiente; pero se llenó de gusanos y se pudrió» (Ex 16,16-20).

Este es el mismo sentido de pedir sólo "nuestro pan de cada día" en la oración del Padrenuestro: como expresión de abandono en el Padre y de opción por la justicia, se pide solo lo necesario para el sustento de hoy, no sólo para mí sino para todos (es "nuestro pan, no mí pan"). El problema del hombre rico, en el ejemplo de Jesús, es precisamente este: querer acumular sólo para sí, pensando en un futuro realmente inexistente, desconociendo la providencia de Dios y el hambre real de sus coetáneos.

Es difícil entender este desgastarse en la vida en algo que no veamos o podamos acumular. En efecto, se nos puede ir la vida entre los temas aparentemente importantes como la subida del dólar, la devaluación del peso o la caída del precio del petróleo. Esa es la anestesia que nos plantea el mundo. Pero el hambre, el sin sentido y el abandono de muchos pasan desapercibidos incluso para el cristiano. La paradoja de las lecturas de hoy está precisamente en que el valor del amor que, por cierto, no se puede acumular como quien acumula lingotes de oro en el banco, es lo que nos permite crecer en humanidad.

Al respecto, el Salmo 89 presenta un contraste interesante. Por un lado, el ser humano se preocupa por las cosas que pasan (vanidad) y su misma vida resulta fugaz: retornando al polvo, como buen hijo de Adán (Adamah: "el terroso"), siendo como "hierba que brota en la mañana y por la tarde se marchita y se seca" (Sal 89,5-6).

Por otro lado, existe una realidad que nunca se marchita, que no es fugaz ni efímera, que existe "antes que los montes fuesen engendrados" (v.2) y que permanece para siempre: Dios mismo. Su amor es lo único que realmente puede saciar (ver v.14), aquello que persiste a pesar del tiempo. Así, el sentido de la vida del ser humano radicará en que este sea capaz de distinguir lo absoluto de lo relativo; es decir, que pueda buscar sólo a Dios y su amor, que permanecen (lo absoluto), más que los bienes y seguridades pasajeros (lo relativo). Por ello, el salmo nos indica la importancia de las obras pero estas impregnadas del estilo propio de Dios.



¡Felices los que trabajan por la Paz!

En el v. 21 del Evangelio, dicho contraste se presentará entre “aquel que atesora riquezas para sí” (quien se aferra a lo relativo) y quien se “enriquece en orden a Dios” (quien busca lo absoluto). Y aquí lo absoluto tiene una concreción propia: El Reino de Dios. Y quien se enriquece en orden al Reino es descrito en los vv.33-34 como aquel que “vende sus bienes y da limosnas”; es decir, aquel que reconoce lo relativo de los bienes y lo absoluto del prójimo y por ello gana la vida perdiéndola, obtiene su ser dándose a otros.

Es cierto también que trabajar en pro de la Justicia o en favor de los débiles muchas veces es algo imperceptible y hasta desagradecido. Pero, precisamente, ahí está la invitación en desafiar tantas cosas banales que nos plantea el mundo y que finalmente nos desgastan y dedicar el único tiempo que tenemos aportando al bienestar de quien lo necesita.

En un país que se está planteando el fin del conflicto confluyen muchas prioridades en el trabajo del posconflicto. Algunos se preocupan por la reubicación de los guerrilleros, otros por la distribución de tierras, otros por si se les pagará o no un salario a quien no se lo merece. En fin, nos debatimos en mil preocupaciones que plantea esta nueva realidad. ¿Cuál es la posición cristiana frente a estos acuerdos? En términos de justicia ¿Cuál sería nuestra postura desde nuestra experiencia de fe? ¿Cuál nuestra prioridad frente al que fue guerrillero? ¿Desde dónde y desde qué raíces vamos a construir un nuevo país? ¿Desde dónde vamos a reconstruir las redes humanas para que sea verdaderamente una paz duradera y de bienestar común? ¿Qué aporta nuestro ser de creyentes a estas nuevas dinámicas?

Por último, proponemos algunas otras preguntas con las que podríamos continuar nuestra reflexión en este día:

- ¿Cuáles son nuestras vanidades o apegos? ¿aquello que codiciamos? ¿aquello que nos preocupa del mañana y no nos deja disfrutar el hoy?
- ¿Qué es lo absoluto y qué lo relativo en nuestra vida?
- ¿Cuál es el papel de Dios, su amor y su Reino en nuestra vida?
- ¿Qué tan capaces somos de darnos, de “perdernos”, de despojarnos de nuestros egoísmos para que otros tengan vida?

